

Las indicaciones que anteceden, en lo que se refieren á los progresos alcanzados en México en la presente época, no son hiperbólicas; todos hemos presenciado esos progresos, de ellos somos testigos, porque sus beneficios se han extendido con la paz á nacionales y extranjeros; sin embargo, si duda alguna pudiera surgir, hablará en confirmación de mi relato, la estadística, que es la ciencia numérica de los hechos sociales. A este efecto, en los anexos que van impresos al fin de la presente obra, daré una noticia detallada de los adelantos de nuestra patria, en los principales ramos de la administración, desde 1877, en que ascendió á la primera magistratura de la Nación el Señor General Díaz; y por consiguiente, comprobaré con hechos y con números mis apreciaciones. Así, recogidos estos datos, pasarán á la posteridad como la expresión de la verdad y la justicia, que es el homenaje que la historia deberá rendir al eminente hombre de Estado, que hoy rige los destinos de México.

---



---

## CAPITULO I.

---

### Generalidades sobre la historia.—Breve reseña histórica de México.

SUMARIO.—Concepto más general de la historia.—Dificultad para fijarlo en concreto.—El hombre desarrolla un poder de persistente variación.—El hombre en los tiempos primitivos.—Desarrollo del espíritu humano en las artes, en la industria y en las ciencias.—La organización política y social en los orígenes de la humanidad.—Las religiones.—Agentes de la historia.—Los hombres célebres.—La supremacía de éstos sobre las muchedumbres.—Ellos son la síntesis de una época.—Citas históricas.—Homero y Xenofonte.—El mismo concepto en los publicistas de nuestra época.—Cousin y Carlyle.—Ejemplos: Alejandro, César y Napoleón.—Mis propósitos al ocuparme en reseñar la historia de México.

La historia es la voz de la conciencia y el intérprete del pensamiento moral de los pueblos; así, escribir para la posteridad, es tarea ardua y de suyo complicada, porque al conocimiento íntimo de los hechos, por medio de una paciente investigación, debe unirse la ingenuidad en los juicios, puesto que, la historia en su más alta concepción, es verdad y justicia, es "el árbol de la ciencia" destinado á nutrir y á iluminar la conciencia de la humanidad.

Difícil es en efecto fijar, por complejo, el concepto de los

hechos históricos; la especie humana, á diferencia de los seres que la rodean, en los que se observa una fijeza característica, vive en condiciones las más diversas y desarrolla un poder de persistente variación; por este motivo es primordial atributo de la actividad del hombre, ser multiforme y cambiar sin cesar en su desenvolvimiento, lo cual caracteriza en él la ley de la evolución, ley que determina, tanto en el mundo moral como en el físico, una indefinida transformación. Bajo este aspecto, la humanidad es para el historiador como el antiguo Proteo, ella se escapa ó aparece bajo fases de fugitivas apariencias, y su estudio parece desafiar el espíritu más persistente de observación y de análisis. ¿Cómo podrá juzgar este mundo en el que domina lo vario, lo contingente y el contraste?

Si tornamos nuestras miradas á la época prehistórica, en que la humanidad comenzó á dar sus primeros pasos en el planeta, observamos al hombre buscar, vacilante, los medios de subsistir; pero en cambio, qué fecundidad de invención, qué ingenio para proveerse de armas y de útiles y para servirse de ellos; en efecto, los más rudos é incultos, explotan instintivamente los productos naturales que arrancan de la tierra para alimentarse con ellos; otros viven de la caza y de la pesca; por último, los pastores en sus emigraciones, reducen las diversas especies de animales al estado doméstico y las multiplican; el hombre, en fin, se sirve de todos estos elementos para su conservación y su vida, porque herbívoro en el Ecuador, es carnívoro en los climas fríos y omnívoro en los templados. En algunos países vive desnudo, en otros viste conforme á los medios más apropiados á su vigor ó á su fantasía; edifica sus habitaciones según el clima, desde la humilde y rústica choza hasta el suntuoso palacio de mármol y de pórfido. En la orilla de los ríos y en las costas de los mares, construye toscas embarcaciones que le comunican con sus semejantes; y así, en larga y trabajosa peregrinación, pe-

ro empujado sin cesar por la ineludible ley del progreso, al pasar por sucesivas civilizaciones, va recogiendo de ellas el polen fecundante, del que deberán brotar nuevas ideas y con ellas una nueva y más adelantada civilización también.

En cambio, cuántas aspiraciones, cuántos inmoderados deseos, nacidos al calor de indomables pasiones que fermentando en el corazón del hombre le animan á seguir la senda del bien á donde le llaman destinos inmortales, ó precipitarse en las simas del mal al que le arrastra su caída original, su concupiscente naturaleza; por otra parte, qué afanes, qué inauditos esfuerzos por llegar á conocerse y penetrar los abismos en que su corazón se hunde; por arrancar á la naturaleza sus secretos y llegar por último á la noción del infinito, Dios; y bajo la acción incontrastable de todos estos factores, cada uno tiene su manera de conocer, de sentir, de amar, de odiar y de ser feliz ó desgraciado! Sin embargo, á pesar de tantos contrastes y de lo vario y lo complejo de aquellos disímbolos elementos, la humanidad ha llegado al fin de etapa en etapa á su más alto grado de cultura, y parece desafiar como vidente, y con la ciencia, los arcanos del porvenir.

Bajo la impresión de estas ideas, no es posible desconocer que el hombre, dotado por la naturaleza de un organismo especial, prepondera en el orden de los seres, por la excelencia de sus facultades anímicas, y entre éstas, por la razón que le hace conocer su origen, que es Dios, y su fin el deber y el bien; y aun así, cuántas divergencias morales dividen á los hombres; en sus acciones demuéstrase el abismo que separa el bien del mal; junto á los vicios y á la depravación más repugnantes, encuéntrase las virtudes más excelsas y la más sublime santidad. Tal ha sido el hombre en la sucesión de la historia, y cuando con el natural instinto que le lleva á asociarse con sus semejantes ha formado grupos, muchedumbres ó colectividades, en ellas han predominado, según las circunstancias y la ocasión, los mismos defectos ó

idénticas cualidades; por esta razón, se observa en el orden social, que la humanidad ha pretendido realizar transformaciones, que bajo el ideal de sistemas encontrados la han hecho caer ó levantarse, ensayando desde la forma más severa ó inhumana de la esclavitud, hasta la de la libertad más apetecible; así, bajo la acción de estas instituciones, los pueblos han vivido sometidos al régimen despótico de un jefe ó al de privilegios aristocráticos ó bajo la autonomía democrática de las muchedumbres.

En la constitución de la familia, base incontrastable de toda agrupación social, la mujer ha sido la esclava del hombre ó su compañera, según haya preponderado la promiscuidad en estas relaciones, con la poligamia, la poliandria ó la monogamia, esta última bajo la acción eminentemente civilizadora del cristianismo, que proclamando la unidad y la igualdad de la especie humana, dignificó á la mujer, que de esclava que era, la elevó á la condición de compañera del hombre. Finalmente, en las religiones, cuánta variedad de concepción y cuánta multiplicidad de símbolos y dogmas, dividiendo las conciencias de fetichistas, politeistas, panteistas y monoteistas, y para cada uno de estos sistemas de creencias, cuántos cultos y sectas, variando hasta lo infinito.

Tal es la historia de la humanidad; en ella predomina, según se observa, la ley de la contradicción, porque siendo su primordial objeto el hombre, es decir, el desarrollo en todas sus fases del espíritu humano, él deberá manifestarse en dicho estudio, con la universalidad de los hechos que la razón dirige; y aunque ésta como el pensamiento parecen encadenados á la ley de las contradicciones y á lo antitético, llega al fin á fijarse la verdad, porque así como en la naturaleza dos fuerzas contrarias determinan el estado de los cuerpos y hacen girar los orbes al través de los espacios estelares, sin desviarse de sus órbitas inconmensurables, así, las antinomias del espíritu humano se resuelven en ideas, que son la

suprema síntesis de la razón, matriz en la que se funden y se realizan todos los hechos. Hemos llegado á decir la última palabra en estas generalidades de la historia, que es, en su más concreta expresión, el conocimiento de la humanidad, y por ende, el estudio de la razón y del espíritu humano.

Descendiendo á particularizar dicho estudio, me ocuparé en breves frases de los agentes de la historia: de los hombres célebres y de las muchedumbres. Cierto es que han predominado los primeros en las investigaciones de los historiadores, pero yo creo que se ha procedido de esta manera, bajo la influencia de la necesidad, pues difícil sería seguir á la inmensa muchedumbre de los seres desconocidos, que por lo común permanecen ignorados ó en la sombra; por otra parte, las multitudes producen los hombres célebres, los hombres ilustres, quienes las dirigen, porque salen de su seno, y se forman bajo la acción del sentimiento y de las ideas que en ellas predominan; á este efecto, podemos referirnos á un fenómeno de psicología social que no debe pasar desapercibido; el individuo tiene siempre la conciencia de sus necesidades instintivas, las muchedumbres las de sus necesidades racionales; en el uno predomina el sentimiento, en las otras la razón; y sin embargo, el conjunto de las necesidades individuales es el que impone á las colectividades sus resoluciones, que al fin se reflejan en el modo de ser y de actuar de los hombres célebres; así nos lo demuestra con meridiana luz la filosofía de la historia, si nos remontamos á la época en que Homero escribió su inmortal poema, á los tiempos de Alejandro, y llegamos, en descendente gradación, á la edad moderna.

Basta á mi objeto algunas citas. Homero, refiriéndose en la Iliada, al ejército de los griegos, y en la imposibilidad de determinar su número y sus hechos, evoca á las Musas y las llama en su ayuda: "Oh Musas, dice, que salváis del olvido el recuerdo de los acontecimientos, decidme quiénes fueron los jefes y los reyes; á los soldados no los podré jamás nom-

brar, sería necesario diez lenguas, diez bocas y un pecho de bronce. Yo me ocuparé solamente de los jefes," y Xenofonte exclamaba: "se tiene el brazo bastante largo cuando se puede disponer de los de todo un pueblo."

Cierto es que no faltaron en la antigüedad enérgicas protestas contra esta supremacía de los hombres célebres sobre las muchedumbres, pero esas mismas manifestaciones afirman nuestra convicción; los hombres ilustres son hijos de su época y se forman bajo la acción del sentimiento y de las ideas de las masas. Entre aquellas protestas, puedo referir el haberse negado á Milciades los honores del triunfo, después de la batalla de Maratón; un ciudadano le dijo: "cuando tú solo hayas vencido á los bárbaros, tú solo tendrás también el honor de la victoria." Clito, compañero y amigo de Alejandro, pereció á manos de este Gran Capitán, por haber recitado en un festín los versos de Eurípides en su *Andrómaca*: "¡Qué injusticia, ay de mí, se hace á la Grecia!" cuyo sentido era éste; "Los griegos han debído ordenar que en las inscripciones de los trofeos, no se mencione solamente el nombre de los reyes, porque esto sería amenguar la gloria de los que la habían adquirido con el precio de su sangre." Entonces Alejandro, lleno de furia, se arroja sobre Clito y le mata; sin embargo, estas citas ameritan la excepción en los conceptos antes emitidos.

En nuestra época, no ha sido menos reconocida la supremacía de los hombres célebres, como agentes principales de la historia. Cousin en su *Curso de historia de la filosofía moderna*, la proclama, expresando: "Un pueblo entero se refleja en sus grandes hombres. Abrid los libros de la historia y en ellos no vereis más que nombres propios, porque es imposible otra cosa. Las masas obran bajo la dirección de sus Jefes, y los historiadores tienen razón al ocuparse de los grandes hombres, porque en ellos se resume la humanidad á quien representan."

Finalmente, Carlyle no ve otra cosa en la historia, que la influencia de los héroes; en efecto, expresa: "La historia universal, es decir, lo que el hombre ha hecho en el mundo, es la historia de los hombres célebres; ellos han sido los conductores de la humanidad, los creadores de todo lo que la masa de los hombres se ha esforzado en hacer ó alcanzar. Todos los acontecimientos que vemos realizados en el mundo, son propiamente el resultado material exterior, la realización práctica y la encarnación de los pensamientos que agitan el cerebro de los grandes hombres."

Multiplicadas pruebas de la verdad de estos conceptos, nos suministra la misma historia; sin embargo, bastará á mi intento, referirme á Alejandro Magno, á César y á Napoleón.

Alejandro, discípulo de Aristóteles, inspirado en la universalidad del genio del gran filósofo y en la *Iliada*, su lectura favorita, tomaba por modelo á Aquiles. Su reinado comienza 336 años antes de la Era Cristiana, decidiendo en Queronea, la victoria, con la derrota del batallón sagrado de los tebanos; pero no conformes los griegos con la hegemonía de un macedonio, se rebelan, él marcha sobre ellos y avasalla por el terror á Tebas y Atenas. Antes había sometido á los tesalios; sin embargo, los pueblos del Norte y del Occidente le atacan, Alejandro los bate y logra vencer á los Tracios, los Tribalos, los Antasiates, los Taulencianos, los Peonios, los Getos y los Celtas. Prepara luego su gran expedición al Asia, y sus nuevas conquistas; atraviesa con su ejército el Helesponto, y en las llanuras de Troya ofrece sacrificios á Minerva y á Aquiles; marcha contra los sátrapas del Asia Menor y somete la Caria y la Pisidia, corta el nudo gordiano en Frigia, y alcanza en fin contra Darío una completa victoria en las gargantas del Issos. Penetra en Siria, se apodera de Damasco, de Sidonia, Tiro y Gaza y se dirige á Jerusalem; pero sus sacerdotes desarmaron sus iras, rinde ahí culto al Dios único de los judíos, admira las profesías de Daniel que anun-